

ESCENA X

Las mismas.—D. GABINO

D. GABINO (*adelanta dando el brazo á Wanda, seguida de los dos caballeros, los amigos y muchos curiosos, y la presenta respetuosamente al grupo de conjuradas*).—La señora Wanda de Kondriafskoff, distinguida dama polaca (*Wanda hace una reverencia*); su esposo, el señor de Kondriafskoff, uno de nuestros más ricos industriales y amigo mío, á quien he tenido mucho gusto en encontrar aquí (*reverencia del caballero 1.º*); su hermano, el señor Boris Kondriafskoff (*reverencia del caballero 2.º*).

FLORA (*aparte*).—¡El hombre, siempre el hombre!

(*Todas se inclinan. El director de orquesta marca en el aire con la batuta el último calderón, y la nota final del vals se extingue entre los murmullos de la concurrencia.*)

VIII

Los primeros días de Marzo fueron lluviosos, fríos y desagradables en extremo; avanzadas del otoño, que se preparaba á hacer su entrada triunfal en Marplatina con su ruidoso cortejo de vientos y tempestades, malogrando, con enojosa descortesía, cuanto proyecto de diversión al aire libre se trazara en obsequio de la colonia veraniega: tal como el paseo á la Laguna, que ofreció el opulento D. Gabino, y aguló una serie de chubascos más fuertes los unos que los otros; cabalgatas, carreras de bicicletas y demás esparcimientos inocentes que requerían el valor personal de batirse á cuerpo gentil con los elementos en discordia. Como el vicio es distracción que busca

la sombra de un techo y el abrigo de las paredes, los viciosos no se preocuparon del mal tiempo, antes saludaron con gusto sus groseras manifestaciones y se entregaron á Jorge, ofreciendo á su oreja simbólica el holocausto de la camisa, lo mismo en las timbas públicas, y en cierto modo oficiales, que en las particulares y reservadas, como la de Sangil, donde las blancas manos de las cuatro Asnabales movían fichas y barajas con más ardor ciertamente que agujas y carreteles; pero los honestos, y eran muchos, contrariados, amenazaban al cielo y se llamaban á engaño, las chicas sobre todo, á quienes complace triscar por los campos, que en ellos Amor se muestra más expansivo y sensible.

Quedaron, pues, postergados para el año venidero la alegre parranda de D. Gabino «si es que vivimos ¡mu! y Dios nos conserva el humor», y todo lo demás del programa; pero no por ello dejaron los bañistas de divertirse en recinto cerrado, por supuesto, y véase cómo, según los detalles de

la agenda de Edelmira, que era gracioso corresponsal de un primito, cronistilla de *La Opinión*, y señalaba día por día los hechos sociales más culminantes del balneario y dignos del relieve de la letra de molde:— Domingo 2. Misa en San Pablo á toda orquesta. Cantó Ernestina muy bien, y obtuvo un éxito grandísimo. — Lunes 3. Baile de niños en el salón de fiestas del *Manchester*. Precioso. — Martes 4. Banquete y baile en *La Walkyria*. Archisuperior. — Sábado 8. *Diner blanc* en la villa de Gómez. Divertidísimo. — Domingo 9. Llegada del Gobernador. Sin comentario.

Hinchadas estas notas diestramente, y adornadas con detalles y nombres propios de los más en boga, daban el opio en *La Opinión*, y el empalagoso azucarillo, servido por mano del cronista, adulaba vanidades é irritaba envidias con peligro de indigestiones; mas, siendo como es en estas tierras la crítica hija incestuosa de la amistad y el parentesco, no habrá modo de saber la verdad sino demandándola del inte-

gérrimo tío Paco, y él nos dirá que la misa en San Pablo fué un acto antes sacrilego que piadoso, por razones que no le da la gana expresar; el baile de niños, mamarra-chada carnavalesca, en que los inocentes recibieron, en vez de los dulces y juguetes que pedían sus manecitas, la perversa semilla de la vanidad á calderadas; el divertido *diner blanc*, ó comida de solteritas jóvenes.... De esto no sabe el tío Paco una palabra, porque no le dejaron entrar, y así, por galantería, no dudaremos que fué tal cual lo cuenta el aludido cronistilla, á quien abandonamos la responsabilidad de los demás juicios, en gracia de la brevedad y la falta de espacio, motivo éste que él más que nadie sabrá apreciar.

No consta en la agenda de Edelmira la llegada á Marplatina del *hombre negro*... Y cuidado que es éste uno de los hechos sociales más importantes, más todavía que la del señor Gobernador de la provincia, que llegó el día antes; como que produjo más de un susto y la desaparición repentina del

Pisahuevos y su familia, que era, con él, ciento y la madre, y otros anónimos á quienes se tragó el mar, ó por lo menos no se ha sabido qué destino les cupo ni qué Providencia les cobijó en su fuga ante aquel flagelo, cólera de bolsillos y peste de tramospos. Llámole el *hombre negro* al misterioso personaje porque de negro vestía y tiraba á mulato en su persona; no hay indicio de su verdadero nombre; ni Casuso, ni el doctor Soto, ni algún otro desventurado, á mal traer con sus cuentas, se han prestado á describirlo, reservando hasta el secreto del obsequio de su honrosa visita; y si no consta en la agenda de Edelmira el santo ni el milagro, será por tratarse de un hecho particular, particularísimo.

El primero que gozó de su inhumana presencia parece fué D. Valentín, en su propio mechinal, allá arriba en las dependencias. Asaz marchito andaba D. Valentín desde la batalla junto al mar, en que perdió sus mejores prendas, y después del suceso *wandálico* que, al descubrir la verdadera persona-

lidad de la rusa, le hizo objeto de sabrosas pullas, y aunque la mentira sea el cañamazo de la historia, amenguó bastante su crédito y ya nadie le creía que eran las doce á medio día; tan marchito, que en muchas de las fiestas apuntadas no mostró ni las narices, con extrañeza del mundano círculo, no así del mar, á quien cada mañana enderezaba sus lamentaciones de perdidoso y dolorido.

Acababa, pues, de levantarse D. Valentín un día de estos de la semana lluviosa, y lavado y perfumado cepillaba afectuosamente su americana, examinando con amor paternal ojales, botones, forros y costuras, como del aspecto de la lengua y de la cara se juzga de la salud del sujeto, y cogía la botellita de la bencina para quitar una sombra de mancha que observó alarmadísimo junto al cuello, cuando un *pam, pam* en la puerta le suspendió de pronto... *Pam, pam.*

—*Entrez*—dijo D. Valentín, en francés, como persona fina que era.

Y entró el *hombre negro*, á la francesa,

saludando á la criolla; es decir, entró á medias, porque era él tan corpulento y la habitación tan reducida, que si apenas había espacio para la dulce compañía del huésped y su maleta, ¿qué había de haberlo para uno nuevo de tanto volumen é importancia como aquél? Quedó, pues, una de sus largas piernas del lado de allá de la puerta, y la otra en comunicación con el lavabo, mientras la mano pardusca solicitaba la delicada de D. Valentín para estrecharla en señal de las buenas intenciones que su feo dueño traía; la cabeza encrespada, balanceándose en lo alto del pescuezo, como enclavada en una pica, decía con meloso sonsonete:

—Señor Casuso, aquí estoy; usted dispensará... Vengo á lo que usted sabe.

Verde se puso D. Valentín; farfulló palabras que no se entendieron, se echó atrás, recogió la mano de miedo de que cayera prisionera de la intrusa, y habríase arrojado por la ventana si ésta fuera de las bajas y no ofreciera peligro de muerte la huída. Sabía, por lastimosa experiencia, que el

hombre negro, como aquellos dioses sanguinarios que exigían el sacrificio de vidas humanas, no se aplacaba con promesas ni frases vacías, sino con dineros de ley, y á tocateja; resistir ó negarle era provocar el escándalo en aquel centro aristocrático, con mengua de sí mismo, arma que el visitante usaba diestramente y venía dispuesto á esgrimir en Marplatina, cuando en Marplatina se presentaba.

Bastantes minutos necesitó D. Valentín para hacerse estas reflexiones; y al cabo, recobrándose un poco, para darse aplomo, esponjó las nivosas patillitas delante del espejo; se puso lentamente la americana, sin acordarse ya de la mancha, y dijo al otro sin mirarle:

—No sé para qué se ha molestado usted. Los mil pesos que le debo no justifican un viaje tan largo. Supongo que habrá casos más graves aquí que el mío...

—Sí; señor Casuso, sí—contestó, balanceándose, la cabeza del *hombre negro*.

—Además—insistió D. Valentín,—usted

sabe que cuando tengo pago, y que si no pago es porque no tengo.

—El lujo de Marplatina no se paga con palabras, y donde hay para lujo debe haber para los compromisos contraídos—arguyó, siempre sonriendo, la horrible cabeza del prestamista.

—Hay ó no hay—repuso el infeliz D. Valentín, que, prendida la americana, no atinaba con la salida;—en el bolsillo propio sabe más el loco que el cuerdo en el ajeno.

—Señor Casuso, sentiré mucho...

—No me amenace usted, que será inútil. Entre usted, si puede: aquí están mis llaves y mi cartera. Suyo es cuanto encuentre. Pase usted.

Quiso pasar el *hombre negro*, pero no fué posible, y lo más que logró se redujo á traer la pierna que tenía en el pasillo y juntarla con la otra, para quedar preso entre el lavabo y la cama; D. Valentín, no hallando otro medio de salir con bien de aquel trance que entregar á la fiera el numerario que hubiera encima, le presentó su cartera,

que, á lo sumo, reunía ciento y tantos pesos con pocos centavos, y le expuso la maleta, abierta en canal, sin más tesoro que la fina ropa de uso.

—Conténtese usted con eso — dijo suspirando, — y tenga paciencia hasta el fin de la temporada. ¡La mala suerte me persigue!

Arrambló el otro con lo que pudo, marcó cuatro trazos en un papel que traía ya dispuesto, y de nuevo la pardusca mano solicitó el contacto de la de su víctima, bailando la cabeza risueña y no dejando de sonreír, á pesar de que D. Valentín, sentándose abatido y humillado en el borde del lecho, se desentendió de su amable ademán; salió sin dar la espalda, y en la puerta saludó de nuevo:

—Adiós, señor Casuso; hasta la próxima vez... Nosotros somos amigos que no podemos vivir sin vernos. ¿Me hace usted el favor de indicarme la habitación del doctor Soto?

Contestó D. Valentín que él no lo sabía,

mandándole noramala, y el *hombre negro*, como buitre que de las alturas se abate, revoloteó por aquellos corredores y escaleras, y en el principal llamó con la garra á la puerta de Soto. Abrióle la misma Florita, que ya le conocía, ¡ay! ya lo creo, de la calle de Río Bamba, y no se atrevió á darle con la puerta en el pico, porque el avechicho, alguna vez que lo intentó, allá, en la ciudad, había graznado de tal modo que los vecinos se enteraron; asustada la pobrecilla buscó al padre, le anunció la negra embajada y les dejó solos.

Solos y encerrados, no se sabe qué ocurrió entre el visitante y el malaventurado político, sino que, á poco, por la rendija de la puerta se escurrió el avechicho, continuando su provechosa excursión escalera abajo, y por la misma rendija, que nadie cerró, escuchóse la deprecación habitual de misia Loreto, más lastimera que nunca:

—¡Señor, ten piedad de nosotros!

Era aquel día la víspera de la misteriosa tragedia marplatense. Conviene fijar fe-

chas, señalar hechos y observar que, después de esta visita, la cara que sacó D. Navigio, rasurada como siempre, siempre á flor de los labios el colmillo bailarín que la sátira hizo alguna vez blanco de sus saetas, era archifúnebre, con visos de decaimiento á que la naturaleza agotada y el espíritu entristecido contribuían de consuno. Precisamente el día anterior, con motivo de la llegada de su amigo el Gobernador de la provincia, estuvo tan contento que parecióle aquel día el mejor de la temporada, no sólo porque el Gobernador acogió benévolo todas sus pretensiones, las propias y las que á nombre ajeno cuidó de intercalar, sino porque en una, principalmente, logró la aquiescencia entusiasta del excelentísimo señor.

Era el Gobernador un caballero de mucha barriga y exiguo chirumen, que más que gobernar á nadie, parecía gobernado por el grupito de diputadillos, *amigazos* y ambiciosos que le rodeaban, achaque de casi todos los gobernadores de pueblos, ha-

bidos y desgraciadamente por haber, honrosa excepción sea hecha, entre muy pocas, del insigne de la Barataria; encantado de la alegría que su presencia provocaba en el balneario, si no real y sincera, por lo menos expresada con fiestas y banquetes, única expresión de la alegría oficial, prometía á todos este mundo y el otro, y á D. Navigio, su antiguo colega del Senado, cuanto le pidió, que si no fué tanto, en poco estaba de pasar á más.

Muy satisfecho, pues, D. Navigio, que sobre promesas venía edificando pacientemente su castillo de esperanzas, durmió más tranquilo aquella noche que si debajo de la almohada tuviera las soñadas talegas con que libertarse de todos los hombres negros que le acosaban... Así, después de la desagradable visita, salió, como se ha dicho, muy cambiado, y aprovechando una clara se fué por el camino del Molino, para guas en ristre. A la verdad, no iba á ninguna parte el triste D. Navigio; tenía pensado bajar á tomar el desayuno con el Go-

bernador y despuntar el vicio político entre su corte; pero, perdidas las ganas, se encaminó por donde menos conocidos encontraría, ansioso de hallarse á solas y recapacitar ampliamente acerca de su intrincada situación.

—¿Qué hago? ¿sigo resistiendo? ¿me rindo á discreción? Flora no se casa, yo no hallo empleo... ¿qué hago?

El paraguas, pasando de una mano á la otra, sirviendo ya de bastón ó descansando á modo de fusil sobre el hombro, marcaba los momentos más críticos de la lucha reflexiva, y sus remolineos, á veces, indicaban cuán grande era ésta y cuán porfiada. ¿Qué hago? A tal pregunta, la conciencia responde siempre con precisión, y sólo la muerte ó la locura la reduce al silencio, sea un criminal, sea un santo quien la interroga; interrogada por D. Navigio, respondióle lo mismo que ayer y que el primer día en que tomó extraviado camino; pero la respuesta no era al tenor de los gustos y pasiones del interpelante, y así lo expresa-

ba el paraguas, saltando, como acróbata, de una mano á la otra mano, ó dando vertiginosas vueltas sobre sí mismo.

—¿Qué hago?—repetía D. Navigio;—ya sé la receta: orden, economía, modestia... precisamente las tres virtudes que ni para un remedio encontraría en mi tierra si las buscara. Y si no las hay, ¿cómo he de encontrarlas? y si no las encuentro, ¿cómo he de aplicarlas á mi grave enfermedad, mortal de puro grave? ¿Qué hago? desaparecer del escenario social es enterrarme en vida yo y mi familia; mi casa será nuestro sepulcro, y ni el nombre lucirá sobre la puerta... Sostener el alambre de Florita es ya imposible... ¿Qué hago?

No se predica la abstinencia en torno de una mesa suntuosa: la conciencia de D. Navigio perdía el tiempo en querer inculcarle ideas morales en aquel centro del lujo y del desenfreno; huésped de Marplatina, el relapso veía triunfar delante de sus ojos el mal ejemplo, y la perspectiva austera que le trazaba era más difícil de seguir. Orden,

economía, modestia, ¡disparate, pamplina! Es lo mismo que decir al hambriento, presentándole una fuente de manjares:—¡No comas!... y al sediento, ante una jarra de vino:—¡No bebas!

A poco empezó á lloviznar, garúa fina, polvillo líquido que apenas mojaba, y don Navigio abrió el paraguas; iba salvando los charcos del camino con más destreza que los que en el de su situación se le ofrecían, y aunque libraba los pies del agua, los metía en el barro, percance que le hacía decir:

—Salgo del fuego para caer en las brasas. Son tantos los charcos que he de saltar, que al fin me hundiré hasta el cuello y me cubriré de lodo. ¡Camino infernal! ¿adónde voy?

Detúvose, y observó que el pueblo quedaba á su espalda, algo lejano; hacia la derecha, el mar contorneaba la costa, festoneándola de espuma; á la izquierda, las casitas campestres se acurrucaban entre la verdura, tristonas y calladas como vacíos

palomares. Dos caballeros, dos bañistas del *Manchester*, que no huían, ciertamente, del *hombre negro*, con el aplomo que da el lastre de los bolsillos, pasaron jinetes en hermosos caballos, ajustado el talle por la chaquetilla de terciopelo inglés, las piernas hasta el tobillo enfundadas en fina piel color de caramelo, y saludaron á D. Navigio descubriéndose.

—Mal tiempo, ¿eh, doctor? muy mal tiempo.

Muy malo, sí, señores, muy malo. Don Navigio continuó chapaleando en el lodazal, sin cuidarse de lo que pensarían los otros; ¿qué habían de pensar al cabo? llevaban la riqueza á la grupa, y acompañados de hembra tan soberbia, poco debería preocuparles hallar á pie á la política de bracero con la pobreza, espectáculo que por raro y extraordinario, sin embargo, era digno de atención. Y chapaleando en aquel lodazal de sus reflexiones, dió más allá con otro jinete, también elegante, y con un faetón que guiaba una dama guapísima, faetón y jinete atravesados en el camino, como si

ambos tuvieran algo que decirse y se lo dijeran sin mayor reserva, á pesar de las tiesas orejas con que los caballos escuchaban; y no siendo ciego D. Navigio, reconoció desde luego á Gabinito en el jinete y á Adelaida Schlingen en la del faetón, antojándosele que el encuentro no era casual, por observaciones propias y rumores ajenos que barajaban ambos nombres hacía días, en denigración de D. Federico y con fatal pronóstico para su nueva luna de miel. Desde el torreón de *La Walkyria* se dominaba perfectamente el Molino y todo el contorno; de modo que si el paciencioso tallista quería, no tenía más que ponerse á una de las ojivas y ver lo mismo que estaba viendo D. Navigio; pero sabido es que D. Federico no quería ver nada, sistema con que aseguraba su tranquilidad conyugal, y base de su filosofía, que alejaba toda idea de engaño, y así, realmente, nadie más que los calumniadores, chinchorreros y maliciosos atrevíanse á afirmar que le engañaba su mujer.

Muy tranquilos, pues, la dama y el jine-

te, tan entretenidos estaban que no se precavían de la garúa ni poco ni mucho, ni de quién pasaba; Adelaida, con pámela de paja adornada de espigas y amapolas, ligera blusa de seda y falda oscura, parecía una ingenua colegiala que da su primer paseo de novia en libertad: tan menudita era y tal airecillo mostraba de candor... Grave aprietito fué para D. Navigio aquel mal paso: ¿se haría el ciego, como D. Federico? los breves minutos que tardó en acercarse discutieron el punto su urbanidad y su dignidad... de padre de Florita, porque lo que D. Federico no quería ver tampoco debía verlo el padre de Florita, que en ello le iba la propia conveniencia; pero, aun cubriéndose con el paraguas, providencia callejera en estos casos, cortaban los otros el camino, y, no ocultándose ellos, que la vergüenza es la que se oculta, le descubrieron en seguida y le saludaron, Gabinito con la mano, Adelaida con el latiguillo.

—Mal tiempo, ¿eh, doctor? muy mal tiempo.